

*Jacky Mamou*

LA ACCIÓN HUMANITARIA  
EXPLICADA A MIS HIJOS

Presentación

Más de una vez, al volver de misiones humanitarias, mis hijos querían que les hablara de mis viajes. ¿Cómo expresar dramas o situaciones a veces complicadas con sus palabras? No es un ejercicio fácil para quien desea hacerlo con honestidad. Estas pocas páginas intentan dar cuenta de ello. También son el fruto de encuentros con grupos de niños o con clases enteras.

El humanitarismo, junto con la ecología, es sin dudas un tema que interesa a todos los jóvenes. Las imágenes que en algún momento vieron en la televisión –voluntarios humanitarios socorriendo a gente desesperada– contribuyeron mucho para que así sea. Preguntan con avidez sobre la suerte de otros niños que viven tan lejos. Este interés también demuestra solidaridad espontánea. La curiosidad por los modos de vida, los hábitos y las costumbres de gente que creen tan diferente les da seguridad en su deseo de abrirse al mundo.

También se sienten conmovidos por la miseria con la que se enfrentan cada día, y suelen interrogarse acerca de sus causas con un sentido agudo de la justicia.

Pero finalmente vuelven siempre a una misma pregunta, simple pero esencial:

¿Se ha podido hacer algo para ayudar a la gente que sufre?

El interés que puedan seguir demostrando por la acción humanitaria depende de la respuesta que se les dé. Y tienen razón.

## 1. ¿Qué es la acción humanitaria?

—Papá, en la televisión vi a unos refugiados huyendo. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Cuando hay refugiados significa que algo injusto y dramático sucede en el mundo.

Nunca olvidaré lo que vi en la frontera albanesa en 1999. Una larguísima fila ininterrumpida de kosovares, en remolques de tractores, en autos sin patente, y muchos de a pie. Los niños lloraban porque no comprendían lo que ocurría. Las mujeres trataban de consolarlos o lloraban en silencio. Los viejos agachaban la cabeza. Había pocos hombres entre ellos. Algunos estaban escondidos en la montaña, otros habían sido detenidos por los soldados serbios.

En 1991, durante el éxodo de los kurdos, mientras eran bombardeados por Saddam Hussein, había familias enteras que corrían con sus niños; muchos de ellos estaban enfermos.

Pero lo peor sucedió en 1994, cuando los ruandeses hutús que se habían refugiado en Goma (Zaire) fueron víctimas de una epidemia de cólera. Hubo decenas de miles de muertos.

—¿Pero ustedes pueden ayudarlos realmente?

—Sí. Pero cada situación es diferente. En el caso de los kosovares, los primeros días fueron muy difíciles porque las organizaciones humanitarias no daban abasto. Luego pudimos organizarnos mejor.

Cuando hay desplazamientos de gran número de personas, siempre hay que instalar un dispositivo para poder atenderlas en la ruta.

En Albania, por ejemplo, los médicos y las enfermeras daban los primeros auxilios en tiendas de tela que servían de dispensario. Los

refugiados kosovares, después de una marcha tan larga, tenían los pies transformados en inmensas ampollas.

Todos los niños que nos traían tosían y tenían fiebre. A veces venían heridos que habían huido de los malos tratos que les infligían los soldados serbios. Los casos más graves eran trasladados en auto al hospital de la ciudad más cercana. Allí eran atendidos por médicos albaneses o médicos humanitarios, con medicamentos y material médico enviados por la solidaridad internacional.

Los kurdos, como estaban muy asustados, no querían acceder a darnos el tiempo necesario para curar a sus hijos, víctimas de diarreas. Querían huir. Tuvimos que hablar mucho con ellos para convencerlos y que se quedasen.

Con los ruandeses, el problema principal era el agua potable, que se traía de muy lejos. En ese suelo volcánico, donde se habían instalado cerca de un millón de personas, no se encontraba el precioso líquido.

—¿Y qué otra cosa hacen?

—Diferentes organizaciones humanitarias proveen de alimentos, agua, mantas, e incluso cuentan el número de personas que cruzan la frontera.

Algunos, con la ayuda de traductores, interrogan sistemáticamente a los refugiados. De esta manera nos enteramos de dónde provienen, de las razones de su huida, por dónde pasaron y qué vieron en el camino. Tratamos así de reconstituir la historia de estas personas que se convirtieron en refugiados.

—¿Y todo eso también es acción humanitaria?

—¡Claro! La acción humanitaria es ante todo socorrer, ir hacia el otro, ayudarlo, pero también comprender cada situación particular. Porque el sufrimiento de las víctimas se expresa de diferentes maneras. Los médicos se ocupan de las heridas que se ven y de las que no se ven.

Esto significa que hay que dar de beber, alimentar, curar lesiones, coser heridas, enyesar fracturas.

Pero es igualmente importante tratar las heridas del alma, como las depresiones, los insomnios, las pesadillas incesantes y muchas

otras dificultades que a veces vuelven la vida insostenible. Estas personas fueron víctimas o testigos de violencias.

Para aliviarlas, los médicos y los psicólogos tratan de ganarse su confianza proponiéndoles escuchar sus terribles relatos. Se sabe ahora que las posibilidades de cura son mayores cuando este trabajo se hace desde el principio.

—He visto muchas veces en la televisión esa escena en la que una pediatra de Médicos del mundo atendía a un niño kosovar en una tienda. Contaba con lágrimas en los ojos la historia de ese pequeño que había asistido al asesinato de sus padres y no había podido salvar a su hermanita del incendio de su casa...

—Contar lo que se ve en países tan diferentes de nuestra realidad también forma parte de la actividad humanitaria. Es un trabajo de testimonio.

La idea es informar al público acerca de cosas terribles que suceden a otras personas, y llamar su atención. A veces, hay gobiernos que actúan en un sentido favorable para las víctimas. Para eso, los humanitarios utilizan los diarios, la radio, la televisión.

—¿Puedes darme un ejemplo?

—Voy a contarte lo que sucedió con habitantes del sur de Vietnam que huían del régimen comunista de su país.

Familias enteras se escapaban en pequeñas embarcaciones sobrecargadas. Muchas zozobraban, otras eran atacadas por piratas malayos que navegaban por el mar de China.

En 1980, Bernard Kouchner, un médico del cual has oído hablar mucho, junto con algunos colegas, fletó un gran barco-hospital para salvar a la mayor cantidad posible de estos naufragos. La próxima dificultad consistiría en encontrar un país que aceptase recibirlos.

Cuanto más hablaban los diarios y la televisión de estos desdichados, a quienes se llamó *boat people* —gente de los barcos—, más aumentaba el número de visas, es decir, de autorizaciones para entrar en otro país. A partir de entonces, se entendió la lección; es lo que se llama la ley del máximo ruido.

—¿Todos los vietnamitas que quisieron huir pudieron hacerlo?

—No, no todos. El gobierno de ese país no aceptaba una partida

demasiado visible de sus habitantes. Además, era difícil organizar una llegada masiva a otra nación.

Como ves –espero no decepcionarte–, la ayuda humanitaria es modesta. No tiene la ambición de resolver problemas de fronteras ni asuntos políticos complicados. Pero lo cierto es que esa gente pudo salvarse. Y ese es, finalmente, el objetivo principal de la acción humanitaria.